

LA FE, ¿SALVAGUARDIA TEMEROSA O VIDA EXPANSIVA?

La fe la tienen muchos creyentes como salvaguardia individual, y no como vida que se desarrolla.

Y a eso inclinan muchas veces los dirigentes espirituales como, con palabra dura, dice el Padre Jean Cardonnel, O. P. refiriéndose al episcopado francés.

Pero salvaguardia, ¿de qué? De mi seguridad individual y egoísta; de mis fracasos en este mundo; de mi felicidad en el cielo y no en la tierra; de mis pequeños actos de religiosidad, que me hacen creerme superior a los demás que no creen. Todo se resume —para estos «malos» creyentes que hemos sido hechos— en ser «la fe salvaguardia de unas fórmulas que no interesan a nadie» (Padre Cardonnel, O. P.).

Si se describe la **Trinidad** se emplean términos tan abstractos y se entablan bizantinas discusiones que no dicen nada a la propia vida. Así se convierte esta creencia en ociosos juegos malabares de intelectualidad griega refinada.

Si enseñamos la **Redención** no sabemos hacerlo nada más que presentando el espectro de la condenación; y angustiosamente nos sujetamos, como a clavo ardiendo, a prácticas de devoción, ejercicios de mini-ascética, actos religiosos sacramentales o, lo que es todavía peor, semi superstitiosos.

Si se trata de la **Otra Vida** la hacemos aparecer como una liberación de las cosas de este mundo huyendo hacia el país del espíritu, y cerramos sus puertas haciendo ver que sólo la obtendrán los seguidores de ese ritualismo externo, lleno de normas jurídicas y de actos litúrgicos dictados desde fuera.

Pero olvidamos que el formulismo nada tiene que ver con el Evangelio. Es más: en este libro difícilmente podremos encontrar una sola fórmula o receta; sólo hallamos una vida excepcional y única —la de Jesús— que puede servirnos de modelo y ayuda, después de traducir inteligentemente esos ejemplos a nuestra actual cultura y sociedad.

No se trata otra vez de falsear esa vida estereotipándola en una imitación servil y neurótica de ritual repetidor, como observó Freud que hacían la mayoría de los creyentes. Lo que es preciso hacer es considerarla como lo que es: como vida y como engendradora de vida.

Pero para muchos hombres y mujeres que son religiosos «Jesús se ha convertido en una especie de abstracción personificada» (A. M. Besnard, O. P. «Un tal Jesús». Ed. Herder). Y, sin embargo, la fe tiene que ser otra cosa: una «buena noticia», que eso es lo que quiere decir, y no otra cosa, la palabra «evangelio». Y esa «buena noticia» es de alegría, paz y amor para los hombres de buena voluntad, que sepan hacerse cargo de su responsabilidad en el mundo, que es la única piedra de toque de su sinceridad para con Dios.

Los obispos franceses en cambio, para el Padre Cardonnel, «multiplican las advertencias y llamadas de atención por la incapacidad en que se encuentran de anunciar y proclamar la «buena noticia». Conservan una fe temerosa, que sólo se alimenta de anatemas, reflejos defensivos y miedo» (Le Monde, 8 de agosto de 1970).

«Los obispos franceses —continúa— hablan de lo que amenaza la fe, sin jamás decir —de cara a un mundo que cambia— el contenido de exigencia y el proyecto de una vida común y fraterna para esta vida», (o. c.).

Ese es el problema religioso más grave de hoy; el que nos afecta a todos los cristianos que no queremos permanecer por más tiempo en la rutina. El problema de comprobar cada uno de nosotros que muchas cosas religiosas que nos han dicho —y todavía siguen diciendo— «son formulaciones, pero no experimento que me digan algo...; y al intentar indagar lo que significan exactamente, se me antojan extrañas y de contornos imprecisos» (A. M. Besnard, o. c.).

Ante ello, no puedo quedarme beatamente paralizado en una admiración y obediencia ciegas; sino que «esta fe de la Iglesia... tengo que asimilárla, probando mediante el conocimiento y la experiencia personal del Evangelio "la solidez de las enseñanzas" que he recibido, como pide San Lucas en el capítulo I, 4 de su Evangelio» (A. M. Besnard, o. c.).

Tengo también que apartarme de formulismos vacíos o in-

comprensibles, y recordar que «el único medio de descartar los peligros en torno a la fe es gritar en lo que consiste»; y entonces se verá que no es letra muerta, sino acción que se esfuerza por ahondar en la inteligencia de la vida y llevar a realización esta inteligencia.

Un profundo teólogo —el profesor Joseph Ratzinger— ha sintetizado cuanto digo con esta frase lapidaria, aunque de estilo un poco germánico: «La fe cristiana... es encuentro con el hombre Jesús; y en tal encuentro se siente la inteligencia como persona» (J. Ratzinger. «Introducción al Cristianismo». Editorial Sígueme).

Dos elementos básicos —frecuentemente olvidados por los creyentes— entran en el catolicismo: la persona de su fundador, y la inteligencia. No se concibe éste nada más que como un personalismo al que aplicamos el escalpelo de la razón. Primero la experiencia personal; y después el frío ejercicio de la reflexión sincera y rigurosa.

Por eso: si yo soy cristiano es en el fondo porque creo en Jesús, porque veo en él algo nuevo, algo que se me impone; no para avasallarme, sino para darme aliento de vida. «Jesús —para el creyente— es una personalidad que se impone, desbordando todo lo que humanamente ha contribuido a formar-la» (A. M. Besnard, o. c.). Pero, sin embargo, Jesús no es un ser misterioso ni un personaje impresionante; sino alguien que —dentro de su radical novedad— duerme, come, se lava, saluda a los vecinos, trabaja y convive con los demás hombres, lleno de sinceridad y amor. Quien todo eso —tan contradictorio— descubre en Jesús, es creyente, lleve el marchamo que lleve, y quien no lo ha descubierto por sí mismo —por mucho título católico que tenga— no es creyente. Quien esta experiencia no tenga no es cristiano, por mucho que obedezca a fórmulas o mandatos exteriores. Y esta experiencia la debemos aceptar no ciegame, sino aplicando la razón a este descubrimiento.

Ese es el motivo por el que pide el Padre Cardonnel con tanta insistencia que se descubra el sentido que tiene la fe para el mundo de hoy, en vez de estar repitiendo mecánicamente palabra vacía tras palabra vacía.

Y esto sólo lo descubriremos en este contacto vital, sin prejuicios religiosos ni irreligiosos, con la figura de Jesús; y aplicando a ese contacto nuestra inteligencia.

Sin acercarnos al Evangelio y hacerlo con nuestra propia razón concreta, humana y vital, no hemos adelantado nada: seguimos siendo autómatas al dictado, robots religiosos de un museo de figuras anacrónicas, como les pasa a muchos todavía.

Y no pensemos ingenuamente que esto —como tantas veces se nos ha dicho— engendrará el desorden y la división. Ni el desorden ni la división entre cristianos pueden venir del contacto con la experiencia de los seres humanos de la Biblia; sino de lo contrario, de su ignorancia. Así lo afirmó sin lugar a dudas aquel valiente obispo cristiano de hace quince siglos, San Juan Crisóstomo, diciendo: «La lectura de los Santos Libros es una protección bien poderosa; y la ignorancia de ellos es lo que ha producido las divisiones (que eso quiere decir precisamente la palabra herejía), así como la corrupción de costumbres y los peores desórdenes».

El cristiano que esto haga y que de verdad se proteja vitalmente con el escudo de su propia convicción personal no será ya como ciertos prelados franceses —según la opinión de Cardonnel— que «en su mayoría cometen el pecado de acepción de personas...; y se dejan intimidar por las potencias de este mundo, queriendo sólo a su alrededor cortesanos de Iglesia y no creyentes de Cristo» (Padre J. Cardonnel, O. P., o. c.).

Seremos, en cambio, como fue San Juan Crisóstomo, que supo —inspirado por el Evangelio— mantenerse firme ante las imposiciones de la Emperatriz Eudoxia, sin importarle las consecuencias desagradables que para él tuviera su propia postura independiente.

Así es como la fe se convertirá de salvaguardia temerosa en vida inteligente que marcará con su sello al hombre que la posee, dándole la profunda —y hoy demasiado olvidada— satisfacción de ser consecuente consigo mismo.

MIRET MAGDALENA